

la disposición de los versos en el poema (su representación gráfica), la jerarquización de las metáforas (siguiendo a Góngora, sobre todo en las adjetivales)¹⁸, la inclusión de nexos copulativos que actúan como figuras espaciotemporales de todo el discurso poético (sobre todo en los versos de *Citas* y en *Comentarios*), la acentuación irregular, las oposiciones adjetivales, los encabalgamientos formales, la yuxtaposición de contrarios, el carácter diacrónico de la realidad, todo sugiere un deseo de encontrar equivalencias lingüísticas a las tensiones entre realidades externas y las percepciones interiores. Algo, por otra parte, que está presente en toda la literatura hispanoamericana que va del *modernismo* hasta nuestros días, implicando muchas referencias cruzadas y un manejo complejo del tiempo, lo cual nos advierte sobre el hecho de que esa relación poliédrica entre lo literario y lo social (tan familiar en América Latina) va a condicionar conceptos como transición, cambio, crisis, heterogeneidad, individualismo, sincretismo, tradición, identidad, para modificar no sólo la sensibilidad (como terreno para la percepción de los cambios y mutaciones), sino también el mismo espacio donde tienen lugar (el escenario) de las transformaciones:

sola estás/ tierra/ de los compañeros
que ahora encerrás y deshacés/ oís
cómo se desocupan lentamente
del amor que les queda/ desaprietan

su vez de caer/ sueñan soñados/ quietos/
nunca verán los rostros donde crecen/
asoman/ continuados/ a este sol/
alguna vez al sol de la justicia¹⁹.

En toda la poesía de Gelman (desde su primer libro, *Violín y otras cuestiones*, 1956, hasta *Carta a mi madre*, fechado en 1987) podemos encontrar estas equivalencias lingüísticas, arrastrando esa torsión vallejiiana que permite «que el sentido entre por otras puertas que las de la armazón sintáctica»:

Cuando Juan convierte el sustantivo *dictadura* en su verbo, la primera reacción en la lectura rápida es de sorpresa y casi de escándalo, se mira el verbo como si estuviera afeado por una errata de imprenta, y de pronto se da el salto y se descubre la riqueza de esa metáfora tan profundamente ligada con nuestra realidad²⁰.

Humanización de lo cotidiano (aunque sea terrible), de las cosas más simples, incluso la ternura, sobre todo en el empleo del diminutivo, voltea las palabras para acu-

nar la desdicha y trazar sobre los mapas del horror un hilito de esperanza capaz de asumir los lúcidos interrogantes del futuro.

Esta humanización de lo cotidiano se va a llevar a cabo por medio de un espacio lírico en el que los sentidos no sólo conservan su relación con el mundo exterior, sino que además escenifican la adjetivación de la memoria con palabras que moldean las imágenes del mundo que vemos y palpamos.

Pero para Gelman, la memoria individual no sólo está recreando una visión de su mundo interior (con toda su carga de emociones y de sentimientos), sino que este tiempo (al que llamamos biográfico) en el que se suceden y concatenan los acontecimientos, está moldeando a su vez otro tiempo que, sin ser el suyo, contiene los elementos y las claves de la otra memoria, la colectiva o histórica, volcada hacia un nuevo espacio temporal que el autor asume y hace suyo, como en *Composiciones* (1985), uno de los libros más logrados del poeta:

calló la guerra/ el derrotado
mira sus ruinas/ su alma/
su escudo roto/
la soberbia del vencedor/ los astros
lejos de él/
arden como los días de batalla
en que desenvainó su corazón/
con los trapos de la memoria limpia
la espada que empuñó/
la pasión que se oxida de noche²¹.

Noche, fuego, temblor, sur, país, exilio, dolor, muerte, vida, internacionalismo (universalismo), verbo, tierra, esperanza, patriotismo (sentimiento épico de la historia), testimonio, hombre-niño, mujer-madre, sufrimiento, derrota, batalla, hogar, alegría, compañero, hueso, amor, ternura, luz, tristeza..., se convierten en recursos poéticos que pertenecen a todos los niveles del lenguaje general, no sólo en cuanto al sonido (sobre todo en la aliteración o repetición fonética), sino también a la morfología y a la sintaxis. Una poética que tiene sus estructuras

¹⁸ La metáfora adjetival puede cubrir una diversidad de figuras vinculadas a la adjetivación: oximoron, metonimia, hipálage, epíteto, sinestesia, etc...

¹⁹ Sola, pág. 173. (Si dulcemente).

²⁰ Julio Cortázar: «Contra las telarañas de la costumbre». En Prólogo a la edición de Juan Gelman: De palabra, op. cit., pág. 6.

²¹ «La derrota», pág. 497. (Composiciones).

perfectamente organizadas, transmitiendo información al mundo exterior con el fin de influir sobre el medio donde se representa, ya que cada parte del habla y cada categoría gramatical pueden ser utilizadas como recurso poético. Incluso una preposición o un artículo pueden conformar de una manera significativa el carácter de un poema²².

Lo mismo podría decirse de la intertextualización, tan común en las llamadas literaturas de convergencia (poesía exteriorista o conversacional), donde las siglas, los arcaísmos, las abreviaturas, las fechas, las canciones, el lenguaje periodístico, las referencias cinematográficas o pictóricas, las frases sacadas del Evangelio, los anuncios, los localismos..., están al servicio de la multiplicación de los sentidos, como «disparador de un efecto de realidad»²³. El efecto se hace patente en poetas como Ernesto Cardenal, donde la intertextualización se produce mediante las crónicas bíblicas y de la conquista; o en Enrique Lihn, con la pintura de Monet; en Oscar Hahn y las lecturas de Heráclito; y en el propio Juan Gelman, reordenando los textos de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Gardel, Lepera, Homero Manzi, Vallejo, Abú Núwas, Salomón ibn Gabirol..., o bien a través de la recuperación y reinstalación poética del pasado en el presente por medio de la evocación de hechos o de personajes que, en muchos casos, trasladan al poeta hacia el universo de los que Gelman denomina «habitantes de la misma condición»: Paco Urondo, Javier Heraud, Roque Dalton, Haroldo Conti..., en un intento por dimensionar la tragedia de la muerte, el horror de los desaparecidos, la anchura del dolor, el quebranto del olvido, la luz de la memoria, el estruendo de la esperanza:

hombre/ la vida es algo
miserable/ inmortal/ abridora
de heridas y dolores/ pero hombrísimo/
mírala deshacer

padecimientos como buey humano
que arase al otro lado de la sombra/
o te me amase la trasluz
para sufrir parejamente²⁴.

²² Edward Stankiewicz: «El lenguaje poético y el lenguaje no poético en su interrelación». Apud. *Desiderio Navarro: Textos y Contextos*. Ed. Arte y Literatura. La Habana, 1986, págs. 173-174.

²³ Pedro Lastra: «Notas sobre la poesía hispanoamericana actual». *Inti. Providence*, n.º 18-19, 1984, págs. 14-15.

²⁴ «Nota XIX», pág. 115. (Notas).

Y la memoria, que se parece tanto a nosotros mismos, que habla como nosotros hablamos, que siente —a veces— como nosotros sentimos, que tiene el temblor de nuestras manos y la calentura del recuerdo, se acuesta sola y sueña. Sueña muy despacito para que nadie pueda oír el ronroneo de los nombres que uno a uno va pronunciando. Nombres con música y con lluvia. Nombres con olvido, melancólicos, felices y tiernos. Nombres que sueñan golpeando con su hueso todos los rincones de nuestra casa.

Antonio Merino

La educación del sentimiento*

«Si propongo aquí una ética de las virtudes es porque estoy convencida de que es la respuesta más justa a nuestra situación y a nuestras carencias», afirma Victoria Camps, catedrática de ética en la Universidad Autó-

* Victoria Camps: *Virtudes públicas*, Espasa Calpe. Madrid.

noma de Barcelona, en el prólogo de su libro, *Virtudes públicas*, galardonado con el Premio Espasa Mañana de Ensayo, 1990. Ella es consciente de que sólo es lícito empezar a hablar de la educación del sentimiento —y eso son las virtudes— cuando está claro que el valor ético primario e insustituible es la justicia y que los principios básicos son los que atienden a la redistribución de la riqueza. La justicia social es el horizonte de la socialdemocracia, aunque hoy ese horizonte aparezca un tanto nebuloso y las dificultades para no perderlo de vista sean grandes. «Pero es ese mismo temor a perderlo —dice Camps— el que hace preciso hablar de una reconstrucción de la moral como conjunto de virtudes. Esto es, una ética de actitudes e inclinaciones individuales dirigidas a hacer más justa y más digna la vida colectiva».

La autora apuesta por las virtudes, y en el primer capítulo de su libro explica por qué las llama públicas. Los tres capítulos siguientes están dedicados a analizar las que, a su juicio, deberían ser cualidades básicas del sujeto democrático: la solidaridad, la responsabilidad y la tolerancia. El quinto capítulo trata de la virtud de la profesionalidad, «La única —comenta Camps— que es de verdad respetada y reconocida en nuestras sociedades». El capítulo sexto habla de la «buena educación» en el doble sentido de la expresión: buenas maneras y educación ética. «El genio de las mujeres», título del capítulo séptimo, pretende mostrar que la propuesta de una ética de las virtudes es muy afín a la sensibilidad femenina. El capítulo «Identidades», se enfrenta con el problema de la búsqueda de identidades a todos los niveles. Finalmente, «La corrupción de los sentimientos» aborda una de las contradicciones insolubles de la ética: la rebeldía y la insumisión de los deseos a doblegarse ante el bien.

¿Por qué son importantes las virtudes?

Es fundamental la respuesta que la autora da a esta pregunta: «Las virtudes son cualidades —puntualiza—, modos de ser individuales, que tienen una dimensión necesariamente pública porque están dirigidas a los demás». Ella da por sentado que no es posible vivir de espaldas a la ética, ya que, todo proyecto vital, individual o colec-

tivo, se configura necesariamente en torno a unos ideales, a unos valores que, finalmente, o son éticos o están contra la ética. «Podemos equivocarnos en nuestros juicios —señala Camps—, actuar de buena o mala fe, pero lo que hagamos o nos propongamos, lo que decidamos, cuando realmente es algo importante y no trivial, será justo o injusto, leal o desleal, humano o inhumano».

Al volver a hablar de virtudes, este libro se plantea en su contenido que la moral es fundamentalmente lo que pensó Aristóteles: una especie de segunda naturaleza, una serie de cualidades, que conforman una peculiar manera de ser y de convivir con los demás. Si hablar de virtudes significa referirse a aquellas cualidades que constituyen la excelencia de la persona, condición indispensable para que esos conceptos puedan formarse, es poseer una noción común y compartida del bien del ser humano. También es cierto que, sin un acuerdo sobre cuál sea ese bien, no hay forma de concebir en qué consiste la virtud o la excelencia de la persona.

Las virtudes son cualidades, modos de ser individuales, que tienen una dimensión necesariamente pública porque están dirigidas a los demás. Si lo que identifica a la ética como tal es la virtud de la justicia, todas las virtudes han de ser como los complementos que esa virtud prioritaria requiere.

Y digámoslo ya de una vez, tal y como señala Camps: «Los miembros de una sociedad que busca y pretende la justicia deben ser solidarios, responsables y tolerantes». Son éstas virtudes o actitudes indisolubles de la democracia, condición necesaria de la misma.

Fidelidad, comprensión, apoyo

La autora del trabajo que comentamos explica la solidaridad como condición, pero, sobre todo, como compensación y complemento de la justicia. «No me refiero —puntualiza—, a esa caridad ‘cristiana’ que ha servido demasiadas veces para encubrir lacerantes injusticias, sino a una solidaridad bien entendida que venga a contrarrestar, por la vía del afecto, las limitaciones de lo justo». La solidaridad es una práctica que está más acá pero también va más allá de la justicia: la fidelidad al amigo, la comprensión del maltratado, el apoyo al per-